

J. Jaynes. *The origin of consciousness in the breakdown of the bicameral mind*, Boston, Houghton Mifflin, 1990, ed. aumentada, 469 pp., más índice de personas e índice de materias.

¿Cuál es el eje de las civilizaciones neolíticas con monumentales tumbas y reyes sagrados, de ese tipo de civilización que apareció hacia el 9000 a. C. y que floreció en el Egipto faraónico y en las ciudades mesopotámicas o en las grandes culturas precolombinas? Jaynes subraya que las instrucciones del rey fundador, las órdenes con que éste habría establecido las bases del trabajo colectivo tenían que seguir -era necesario que siguieran- resonando permanentemente en la comunidad después de la muerte del fundador. Las enormes tumbas bien visibles desde los campos en que se trabajaba servían precisamente para eso, para que la voz del rey allí enterrado siguiera siendo evocada, oída como en alucinación. Y así se explican también los mitos de la reencarnación del rey en sus sucesores, o de las voces divinas en los oídos regios. Son los fines de regulación del trabajo y de cohesión social los que estarían detrás de los enormes dispendios de energía que por todas partes en ese tipo de culturas se dedican a las tumbas y sacralización del rey. "Las tareas del trabajo humano, a diferencia de las acciones instintivas, carecen de cierre consumatorio, y por eso necesitan ser mantenidas por algo externo a ellas mismas" (pg. 134-135). Y para ello, la evocación cada vez más sacralizada, y en último término la alucinación, de la orden del jefe es un punto clave. "Cada trabajador tenía dentro de él la voz de su rey para sostener la continuidad y utilidad para el grupo de sus labores" (pg. 141). Todo esto nosotros lo describiríamos en términos de evocación simbólica (como un juego simbólico sancionado por la autoridad y las necesidades sociales), y de lenguaje autorregulador, y también de 'imperativo cognitivo' (término de Jaynes, pero que él aplica sólo a una época posterior) o creencia social en que los padres fundadores seguían hablando desde la tumba. Y bajo esa descripción lo aceptamos sin dificultad.

Ahora bien, Jaynes quiere ver ahí mucho más. Según él, esas voces oídas en alucinación harían la función de lo que hoy es la voluntad, y ocuparían el hemisferio cerebral derecho, mientras que el lenguaje normal de aquellos hombres sería, como ahora es nuestro lenguaje, incumbencia del hemisferio izquierdo. Y esa relación interhemisférica distinta a la nuestra conformaría lo que él llama una 'mente bicameral', que, como su paralelo -la actual esquizofrenia-, sería completamente distinta a la mente consciente. Y así, para Jaynes, fue sólo cuando, tras la crisis de hacia el 1000 a. C., la mente bicameral pasó a ser la excepción en vez de la norma, sólo entonces, cuando surgió la conciencia.

¿Qué hay que decir de esta propuesta? Por lo pronto, estamos de acuerdo con Jaynes en que la conciencia sería posterior a algún tipo de comunicación que tuviera ya alguno de los rasgos que hoy son exclusivos del lenguaje humano (él,

claro, la considera "posterior al lenguaje" mismo, pero para nosotros sería simultánea con éste), y asimismo aceptamos plenamente el que se la coloque después de las culturas líticas más primitivas, después, seguramente, de los Neanderthalienses (como Jaynes puntualiza, "el arte de tallar hachas de piedra no necesitaba del lenguaje para transmitirse, sino sólo de la imitación", pg. 130). También dejaríamos entera la enumeración que hace Jaynes de todas las cosas que la conciencia no es (véanse los diferentes apartados *Consciousness not necessary for...* del capítulo 1). ¿Y en cuanto a sus descripciones positivas de la conciencia? Comparto la afirmación que aparece en el *Afterword* escrito para la última edición, la de 1990: "Conciencia y concepto de conciencia son la misma cosa", pg. 454, y también. "En el diagrama

Yo---> (Yo veo una mesa)

Russell creía que su conciencia era el segundo término, pero en realidad era la expresión entera", pg. 448 (anunciado ya en pg. 86, y quizá también en la teoría de "dos niveles" de pg. 461, y la alusión a Jackson de la pg. 122). En efecto, para mí la conciencia se daría cuando uno se asigna a uno mismo el propio pensamiento como tal pensamiento, es decir, como distinto de la realidad sobre la que versa, y eso parece estar recogido en las líneas citadas. En cambio, es mucho más negativa la opinión que me merece el capítulo -"Consciousness"- en que Jaynes describe la conciencia como "un modelo metafóricamente generado del mundo, ... un análogo espacial" que habría sido inventado sobre la base de ese recurso común a todos los idiomas que consiste en designar los actos mentales mediante significados de orden primariamente externo y espacial (recurso, por cierto, que tras la advertencia de Jaynes fue sistemáticamente estudiado por Lakoff, Johnson o Sweetser). Y ello -esa opinión negativa mía- es así por más que no dejo de reconocer la acertada descripción que allí se da de la metáfora, o el valioso párrafo sobre los *excerpts* o visiones parciales, que serían lo único que podemos tener de las cosas, y que cambiarían ("congruencia de modo" se ha llamado después a eso) con el estado de ánimo. Pues lo importante es que, en vez de desorbitar, como a mi entender hace Jaynes, las consecuencias de la forzosa espacialización metafórica de lo mental, en vez de eso, yo preferiría buscar el origen de la conciencia en la interpersonalidad, o captación de pensamientos ajenos, que es precisamente un factor mencionado, aunque sea de pasada, por Jaynes (pg. 211 o 217, y puede verse también pg. 45).

Lo de las voces divinas en el hemisferio derecho tampoco, ya se sabe, lo admito: en mi opinión, la esquizofrenia o personalidad desintegrada no ha sido nunca la norma en ningún estadio de la humanidad. Y sin embargo, la insistencia de Jaynes en que la reestructuración de las relaciones hemisféricas habría sido un concomitante indispensable en la génesis de la conciencia puede ser acertada. Después de todo, en la recepción de un mensaje lingüístico cualquiera, y no sólo de voces divinas, lo fonético y semántico se procesa en el hemisferio izquierdo, mientras que la entonación es incumbencia del derecho. Ahora bien, mientras que

la comprensión de un designador activará en la mente del oyente los conocimientos que éste tenga sobre la referencia, la entonación, en cambio, moldeará en el oyente un contenido mental completamente obediente al hablante ("el hemisferio derecho obediente", pg. 368, resulta así al fin un acierto, y véase también pp. 97-98), un contenido mental, pues, que, siendo acerca de la misma referencia, puede chocar con alguno de aquellos conocimientos activados en el hemisferio izquierdo. Pero si así se llegara a captar primariamente la diferencia entre los pensamientos propio y ajeno sobre una misma cosa, entonces resultaría que realmente la particular especialización hemisférica que es exclusiva del cerebro humano tuvo muchísimo que ver con la aparición de la conciencia. Además, Jaynes tiene la acertada idea de invocar (pg. 221) el "efecto Baldwin" para explicar la rapidez de difusión del gran cambio, rapidez que mediante el mero procedimiento biológico de la reproducción de una pauta genética exitosa no podría haberse conseguido. En cambio, al ser la especialización hemisférica humana algo que se adquiere durante la infancia, y no algo con lo que ya se nazca, podemos 'a lo Baldwin' suponer que sólo algunas raras configuraciones genéticas incapaces de aprender la reestructuración serían las que se quedarían al margen del "gran truco" (del gran truco que aportó de un solo golpe relación interhemisférica humana, conciencia, y -para mí, aunque no para Jaynes, ya se sabe- también lenguaje pleno o predicativo). Dennett, 1991, despliega pormenorizada y didácticamente lo que en Jaynes había sido mera mención del viejo artículo de Baldwin, pero deja perder lo que a mi entender era lo mejor, a saber, el que Jaynes aplicó el efecto Baldwin a justo la reestructuración hemisférica.

Pero, al habernos hasta aquí esforzado en recoger todos los detalles que nos parecen valiosos en Jaynes -la conciencia originándose en la captación del propio pensamiento como un pensamiento, el papel crucial de la particular relación interhemisférica humana, ...-, no nos hemos enfrentado todavía directamente con la tesis general del libro. La conciencia humana, dice Jaynes, nace hacia el año 1000 a. C. cuando el hombre, perdida su antigua mente bicameral, y en silencio ya aquellas voces divinas que antes lo habían dirigido, empieza a sentirse solo y entregado a sus propias fuerzas de criatura vacilante. Pero en la tercera parte - "Vestigios de la mente bicameral en el mundo moderno"- el libro reconoce que la humanidad durante un período de transición, que en realidad todavía no acabó, ha seguido confiando en llegar a poseer la verdad, ya sea por la vía religiosa, ya por la científica (véanse los capítulos inicial y final de la mencionada tercera parte). Como se ve, al final nuestro autor parece retractarse un poco de haber presentado tan diferentes a nosotros a los hombres del Egipto de las primeras dinastías p.e., pero tal suavización no estriba en concederle más conciencia a las culturas neolíticas, sino por el contrario, en sugerir que nosotros, aunque hayamos empezado a tener conciencia, no la habríamos tampoco alcanzado plena y totalmente.

Ante esto, podría ocurrirnos que nuestra diferencia con Jaynes podría consistir en una mera cuestión terminológica: él estaría reservando el término

conciencia para algo más elevado. Pero las cosas no son tan fácilmente arreglables. Puesto que la conciencia es considerada -y en Jaynes también es así- un rasgo definitorio de nuestro ser, entonces lo que está en juego es si reconocemos o no como nuclearmente semejantes a nosotros -semejantes tanto en lo psicológico como en lo neurofisiológico- a los sujetos de las civilizaciones neolíticas, ya las antiguas, ya aquéllas que por lo menos hasta el siglo pasado pudieron conservar puro el antiguo paradigma. (Por cierto, ¿qué opinará Jaynes de las sociedades de cazadores y recolectores, de nuevo tanto las antiguas como las que perduraban hasta hace poco?: al estar menos basadas en el trabajo a largo plazo y alejado de lo instintivo, no llegarían ni siquiera a la bicameralidad). Y en ese dilema acerca de la semejanza nosotros -el lector ya lo sabe- adoptamos la postura contraria a la sostenida por el libro. Pero para hacerle la debida justicia a Jaynes y para sacar nosotros provecho de su lectura, debemos preguntarnos qué pasó hacia el año 1000 a. C.

Jaynes insiste acertadamente en que para el mundo del primer milenio a. C. -superpoblación, comercio a larga distancia entre naciones...- la organización social antigua ya no sirve, y tampoco, pues, la sabiduría emanada de las tumbas de los fundadores. Pues bien, con la mayor necesidad de tomar decisiones -¿emprendo hoy este viaje o no?...-, y el menor respaldo de guías ancestrales, aumenta -aumenta enormemente- la duda, no en los propios pensamientos en cuanto distintos a los de otro (que es la clase de duda que en mi opinión había bastado para la génesis de la conciencia), sino en la capacidad guiadora y validez del acervo colectivo de conocimientos. Y ¿qué es lo que surge? Por un lado, -y ahora empiezo yo a matizar el cuadro de modo diferente a Jaynes- las religiones fueron emergiendo de su antigua mezcla y confusión con el culto a los antepasados y constituyéndose definida y depuradamente como tales. Antes, la sabiduría de los antepasados servía de vínculo y de terreno común entre el sentimiento religioso (que, por más que vinculado, no habría sido idéntico a la veneración por los antepasados, frente a lo que opina Jaynes) y la inspiración de decisiones que llevaran a la buena fortuna y evitaran la mala. Pero después de que los patrones ancestrales perdieran vigencia, los otros dos elementos pueden o fusionarse, o separarse. Se fusionaron en las religiones babilónica, asiria o griega, que desplegaron -y esto podemos respaldarlo con palabras del mismo Jaynes- «la asombrosa variedad y complejidad de técnicas de adivinación» -agüeros, sortilegios, augurios (p. 236), u oráculos (p. 321)- que las caracteriza: los hombres intentarían así forzar el acceso a la divina «habilidad para controlar la mala fortuna y conseguir la buena» (traducción que Jaynes, p. 225, propone para lo que normalmente se traduce como 'sabiduría' de Marduk, el dios de Babilonia). En cambio, la religión de los hebreos (de la cual Jaynes, en el capítulo que le dedica, da una visión un poco deformada, al subrayar exhaustivamente todo lo que hubo de reliquias y contagios idólatras, y a la vez olvidar casi por completo el hecho de que esa religión desde el principio se presenta a sí misma en oposición a la «idolatría»), la religión de la

Biblia, repito, en vez de intentar así forzar respuestas a una lista ya confeccionada de preguntas -cuándo o cómo sería más afortunado un viaje, una campaña...-, deja la iniciativa a las revelaciones divinas. Por otro lado -por el otro lado, al que ya por fin pasamos-, la búsqueda de conocimiento se hace más sistemática, y aparecerá algo que por fin pueda legítimamente llamarse científico.

Así pues, ¿qué es lo que podríamos decir nosotros que sucedió en la fecha señalada por Jaynes? En esa época se habrían intensificado y constituido nítidamente esos dos rasgos del ser humano que son el reconocimiento de su ignorancia y, a la vez, el anhelo de llegar a conocer la realidad. La postura de Jaynes es que sólo el primero de esos rasgos -el reconocimiento de que no podemos llegar a la plena captación de la realidad- sería propio de la humanidad evolucionada. Todo lo que tenga que ver con la búsqueda y el anhelo de la verdad, él lo cataloga como una reliquia anacrónica llamada a desaparecer de la civilización. Jaynes es así un representante de una corriente que se extendió mucho, aquélla que, de tanto querer separarse de la seguridad instalada y confortable que algunos habían querido encontrar, ya en la fe, ya en la ciencia, cambian esa falsa imagen de lo humano -la imagen de la que está ausente el primero de los dos rasgos-, por otra imagen igualmente falsa -donde lo que se suprime es el anhelo por la plena verdad, o sea, el segundo de aquellos dos rasgos que, hacia el 1000 a. C., tanto se habrían conjuntamente intensificado respecto al menos intenso grado en que antes de esa época estaban, con todo, ya presentes en la humanidad-.

Hay un asunto del que todavía no hemos hablado, «De poesía y música». Dejando al margen los esfuerzos de Jaynes, capítulo III, 3, por mostrar que el habla divina de la mente bicameral tendría ritmo, creo que hay una observación suya que nos puede dar un valioso marco para explicar esos fenómenos culturales, aunque en realidad la leemos en otro capítulo, el dedicado a la hipnosis (donde, por cierto, con una brevísima pero lúcida línea -p. 400- contra Stanislavski, Jaynes se alinea, no sé si consciente de ello o no, con la vieja crítica elaborada por Mukarowsky). Pero volviendo a lo principal, he aquí esa observación en la que nos gustaría enmarcar la utilidad de la música y de la poesía: «¿Por qué es que en nuestra vida diaria no conseguimos lo que se consigue en la hipnosis (...), a saber que la acción fluya de la decisión con una fluidez absoluta, respaldada por una autoridad sin dudas ni vacilaciones? (...) Nosotros, al depender de nuestra propia conciencia, somos maestros de la autoduda y del dejar para después (...), y no podemos sino envidiar el dominio absoluto y soberano que el operador tiene sobre las acciones del sujeto hipnotizado» (pp 402-403). Así, esa modulación pasional que las decisiones no respaldadas por hábito ni por autorización de la sociedad tienen que luchar por conseguir, esa modificación del 'modo' propio o ajeno que no puede ser inducida directamente por el decidir humano, eso es lo que podría ser buscado, además de por otros muchos procedimientos, por el método que el canto, la música, o la poesía pueden proporcionarnos. Y otra vez, en este nuevo

terreno, habría que decir contra Jaynes que todo esto existía antes del año 1000, por más que fuera después incrementándose.

Como se ha visto, hemos rechazado lo más nuclear de lo propuesto por Jaynes, y, sin embargo, sentimos una profunda admiración por su libro. Hay en él, en efecto, un interrogante ambicioso y crucial -reconstrucción de la mente humana primitiva, o, en palabras de Dennett, «arqueología de *software*»- y una movilización de datos muy variados que intentan apoyar una respuesta. Si, como a mí me gusta pensar, es tarea de la filosofía mantener siempre viva la curiosidad por las cuestiones más ambiciosas, entonces el trabajo de Jaynes es filosófico en grado máximo. No nos convencen sus teorías, pero ¿acaso podría alguien -y esto es lo verdaderamente importante- mostrarse en desacuerdo con ellas sin quedar al mismo tiempo contagiado por una curiosidad como la que allí alienta?

*Teresa Bejarano. Universidad de Sevilla*